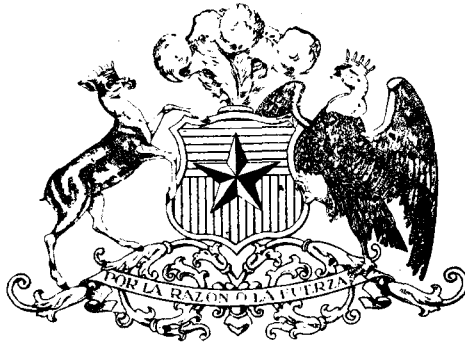


REPUBLICA DE CHILE



CAMARA DE DIPUTADOS

LEGISLATURA EXTRAORDINARIA

Sesión 23^a, en miércoles 27 de noviembre de 1963

(Ordinaria: de 16.15 a 18.30 horas)

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MIRANDA (DON HUGO)

SECRETARIOS, LOS SEÑORES CAÑAS IBAÑEZ Y KAEMPFE

INDICE GENERAL DE LA SESION

- I.—SUMARIO DEL DEBATE
- II.—SUMARIO DE DOCUMENTOS
- III.—ACTAS DE LAS SESIONES ANTERIORES
- IV.—DOCUMENTOS DE LA CUENTA
- V.—TEXTO DEL DEBATE

I.—SUMARIO DEL DEBATE

- 1.—La Cámara rinde homenaje a la memoria del Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, señor John Fitzgerald Kennedy, recientemente fallecido 1685

II.—SUMARIO DE DOCUMENTOS

No hubo Cuenta.

III.—ACTAS DE LAS SESIONES ANTERIORES

No se adoptó acuerdo al respecto.

IV.—DOCUMENTOS DE LA CUENTA

No hubo Cuenta.

V.—TEXTO DEL DEBATE

—*Se abrió la sesión a las 16 horas y 15 minutos.*

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).—En el nombre de Dios, se abre la sesión.

Cuenta.—No hubo.

1.—HOMENAJE A LA MEMORIA DEL EX PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA, EXCELENTISIMO SEÑOR JOHN FITZGERALD KENNEDY.

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).—En conformidad a los acuerdos de la Honorable Cámara, corresponde destinar la sesión ordinaria de hoy a rendir homenaje a la memoria del ex Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Excelentísimo señor John Fitzgerald Kennedy.

(Poniéndose de pie).

Honorables señores Diputados, quizás si los pueblos de América y del mundo, en actitud de estupor, de abatimiento y de desconsuelo, asistan y participen en estos aciagos instantes, a la gestación de un trascendente episodio de la historia de la humanidad, surgido en su esencia, de la dramática y dolorosa inmolación de uno de los más ilustres conductores de la nación norteamericana, el Presidente John Fitzgerald Kennedy.

Porque no es una nación ni un continente quienes experimentan la pérdida del mejor de los suyos, sino que es la civilización misma que ha sido gravemente dañada en una de las piezas maestras de su mecanismo universal: Son pueblos de todas las razas y de todas las latitudes, de heterogéneas religiones y doctrinas; son los subyugados y los humildes, los que en mucho tiempo sólo conocieron el sometimiento y la vejación como única

senda de sobrevivencia; son aquellos hombres que, por vez primera, ante la cálida presencia del gran estadista desaparecido, supieron que ni el matiz de su piel, ni el origen de su credo o su doctrina, eran causa suficiente para excluirlos de los beneficios que la sociedad civilizada otorga a todos los seres humanos, y que atisbaron, fugazmente, la tenue luz de una esperanza en la impenetrable noche del poder y del arbitrio, de la fuerza y del oprobio.

Para todos ellos, el Presidente inmolado se alzó como un símbolo de justicia, de paz y de redención humana, que les llevó renovada fe de lucha por su propia dignidad y superación moral. Y hoy le lloran con aflicción y gratitud, conturbado el espíritu y ensombrecida la esperanza.

La noble causa de la libertad y de la democracia, de la igualdad y de la justicia, ha sufrido un golpe aleve y profundo con el sacrificio de su mejor y más noble paladín.

Ninguno como él supo comprender, con tan vasta visión de estadista, los graves problemas que convulsionan naciones y pueblos y determinan riesgos inminentes para la preservación de la humanidad. Por ello es que hubo regocijo en el mundo, al culminar el esfuerzo agobiante de este genial estratega de la paz, en el pacto de suspensión de pruebas nucleares.

Nadie como él dedicó jamás tan noble afán ni laboró con tanta abnegación por la igualdad entre los hombres y la paz entre las naciones.

Luchó heroicamente, con denuedo y tenacidad inquebrantable, por el afianzamiento de los derechos humanos y de la igualdad civil de los ciudadanos de todas las razas y religiones.

Comprendió que la igualdad económica y civil constituían factores consustanciales a la dignidad y elevación moral del ser humano, y emprendió la histórica iniciativa de revisar la política internacional basada en el sojuzgamiento económico de las pequeñas potencias en beneficio de las más fuertes, y estableció, en cambio, un nue-

vo planteamiento tendiente a promover mejores niveles económicos y sociales como único medio de erradicar definitivamente la miseria, la enfermedad y la ignorancia.

Fue una arraigada convicción del Presidente Kennedy la de que la asistencia económica para los pueblos débiles no debería tener por objetivo subyugarlos sino que, por el contrario, debería permitirles obtener una mayor grado de bienestar y de progreso, con dignidad y amplia soberanía, por cuanto "si una sociedad libre no puede ayudar a los muchos que son pobres, tampoco podrá salvar a los pocos que son ricos."

Su stirpe democrática y libertaria ha quedado indeleblemente incorporada en todos los actos y en todas las fructíferas iniciativas que conforman su luminosa trayectoria de paz y de amor hacia el prójimo. La reciedumbre de su voluntad, el tesón de sus afanes, la transparencia de sus excelsas virtudes morales, perfilaron con nitidez sus anhelos de organizar la convivencia pacífica de los hombres, de acrecentar la comprensión y la solidaridad entre los pueblos y de encauzar el esfuerzo y la riqueza, exclusivamente, hacia el bienestar y el progreso.

Así lo testimonian estas palabras tuyas que —nos parece— trasuntan los conceptos y principios básicos de su perdurable acción de gobernante: "Tratemos ambas partes de invocar las maravillas de la ciencia, en lugar de sus terrores. Exploremos juntos las estrellas, conquistemos los desiertos, extirpemos las enfermedades, aprovechemos las profundidades del mar y estimulemos las artes y el comercio." "Unámanos para crear un nuevo esfuerzo, no un nuevo equilibrio de poder, sino un nuevo mundo, bajo el imperio de la ley, en que los fuertes sean justos, los débiles se sientan seguros y se preserve la paz."

"Los clarines vuelven a llamarnos. No es una llamada a empuñar las armas, aunque armas necesitamos. No es una llamada al combate, aunque combate libramos,

sino una llamada a sobrellevar la carga de una larga lucha crepuscular año tras año, "gozosos en la espera, pacientes en la tribulación"; una lucha contra los enemigos comunes del hombre: la tiranía, la pobreza, la enfermedad y la guerra misma."

"Conciudadanos del mundo: preguntad, no qué pueden hacer por vosotros los Estados Unidos de Norteamérica, sino qué podremos hacer juntos por la libertad."

Honorables señores Diputados, la historia nos confirma, fehacientemente, que el progreso de la civilización y el perfeccionamiento del hombre, reclaman, como onerosa compensación, dolorosos sacrificios humanos. No han transcurrido aun cien años desde que fue abatida la generosa existencia de Abraham Lincoln, forjador de la unidad de la nación norteamericana y emancipador insigne de todos sus conciudadanos. Hoy, otro conductor de pueblos y realizador de nobles ideales, ha sucumbido, también arteramente, en la lucha por sus irreductibles convicciones.

Formulemos todos nosotros, en esta hora solemne de profunda aflicción y recogimiento, en íntima mancomunidad con los demás pueblos de la humanidad, fervientes anhelos porque el supremo sacrificio del eminente estadista John Fitzgerald Kennedy, devengue en noble surco en el que germinen y fructifiquen los ideales de paz, de igualdad y de libertad que constituyeron el áureo patrimonio espiritual que él supo defender y enaltecer con ejemplar coraje y lealtad.

Al tributar nuestro reverente homenaje de gratitud y de recuerdo en memoria del Presidente Kennedy, creemos que hoy, como nunca antes, adquieren renovada vigencia las perdurables palabras de Lincoln, después de Gettysburg:

"Comienza ahora nuestra gran tarea: la tarea de honrar a nuestros muertos amados, sirviendo con toda nuestra devoción la causa por la cual ellos perdieron la vida; la tarea de impedir que ellos hayan muerto en vano..."

He dicho.

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).—En representación del Comité Conservador Unido, tiene la palabra el Honorable señor Subercaseaux.

El señor SUBERCASEAUX (poniéndose de pie).—Señor Presidente, Honorable Cámara, "Amar acerca a la muerte". Nadie precisa quién lo dijo, quizás porque lo dijeron muchos. Es como esas viejas voces que se van transmitiendo de generación en generación, de tiempo en tiempo, de siglo en siglo. Pero es un concepto de alcurnia, aceptado por los filósofos, que dice poco, pero define mucho.

Así entendida la inquietud permanente que sienten seres de privilegio, dotados de conciencia superior, por el decurso de la historia, por el destino de los pueblos, por la suerte de los que no tienen medios ni fuerza para valerse por sí mismos, acogemos, en el recuerdo, la figura de John Fitzgerald Kennedy, Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, trágicamente asesinado.

Pagó con su vida el mérito de su idealismo: de su amor profundo hacia el género humano. Parece que la Divina Providencia quiso patentizar su ejemplo en tal grado que escogió a uno de los hombres mejor dotados de nuestro tiempo. Lo poseía todo. Fe, cultura, talento, excepcional brillo en la oratoria, felicidad conyugal y familiar, fortuna, prestancia física y personal, tradición y aristocracia, y todo lo jugó sin vacilación alguna en la aventura sublime pero incierta de la redención de los pueblos. Más que arriesgar, lo consumió todo, porque en este caso el vocablo consumir es justo, porque este amor, que es sed de justicia, es fuego quemante que va devorando entrañas y sentidos hasta la total culminación del sacrificio.

Cuando se alcanza la cima de la responsabilidad indelegable en el destino de la humanidad, el vértigo torturante de la inquietud minimiza hasta los más atrayentes incentivos de la vida común, y ya no hay consuelo, ni retribución, ni alegría

hasta que el misterio del tiempo entregue su prenda mágica y los afanes den sus primeros frutos.

Es héroe quien ha podido afrontar lo peor en busca de lo mejor para los suyos, para su pueblo y para todos los hombres de la tierra.

Quienes hemos elegido la función pública, hemos podido tantear la ruta áspera y la amargura envenenadora de la incompreensión.

Por eso invocaremos la memoria de John F. Kennedy como la de un verdadero redentor de la vocación pública. Supo realzarla en grado superlativo y con ello devolvió a las democracias del mundo la confianza en sí mismas y la ilusión por los valores establecidos de la civilización.

II

La democracia norteamericana se asienta sobre dos columnas que no son sino los símbolos de criterios permanentes de la humanidad.

La primera destaca optimista las infinitas posibilidades del género humano. Convencida de que la inclinación al bien y la aceptación connatural de ciertos principios esenciales es unánime, plantea la eliminación de ciertas barreras que obstan al entendimiento entre los hombres. La redención llegará con la supresión de trabas odiosas que deprimen la dignidad de los pueblos, como lo son el fanatismo, la miseria o la tiranía.

La otra, cauta y recelosa, pero tremendamente realista; advierte de las contradicciones y de los peligros de una convivencia demasiado idílica y trata de resguardar la democracia tras el parapeto seguro de ciertas previsiones que erige en Instituciones de algo que llamó entonces específica y determinadamente, República.

Junto a cada columna hay un nombre. En la primera Tomás Jefferson. En la otra, Alexander Hamilton. Y como desde

el primer momento los Estados Unidos gravitaron en política internacional, quedó planteada la alternativa de dos conductas. La línea suave y la línea dura.

Kennedy, enamorado profundo de la historia de su patria, de la que supo develar conceptos y lecciones aún no desentrañados, optó preferente por la primera acepción.

Imprimió entonces a su gobierno levantando vuelo hacia grandes sueños de ideales colectivos. Creyendo firmemente en la redención pacífica convirtió a la Nación más fuerte en sérvidora de los débiles y a todo el mundo prodigó su asistencia. Buscaba lo que ansiaba encontrar, un amigable sentimiento de gratitud en el fondo de cada ser humano. Pero todo a título desinteresado.

Lo dijo el día que asumió el mando: "Ayudaremos a los débiles y oprimidos no en busca de su apoyo o de sus votos sino que en nombre de la justicia."

Su Alianza para el Progreso abrió las esperanzas de una definitiva comprensión entre los países americanos. Limó asperezas y superó viejos prejuicios. Ensayó un proselitismo de alto vuelo destinado a plasmar las más variadas tendencias de opinión en una gigantesca síntesis de soluciones renovadoras ajustadas a derecho y ejercitadas dentro de la libertad.

El destino es esquivo con las iniciativas precursoras, pero la maravillosa codicia de la intención excederá con mucho las contingencias eventuales del éxito o del fracaso.

Para Kennedy el triunfo no estaba tan sólo en el bienestar de los Estados Unidos o en el éxito de su política exterior. Estaba en la posibilidad de superación de todas las naciones libres, en la capacidad de las pequeñas democracias de responder a las expectativas en ellas cifradas, en la voluntad de todos los pueblos de buscar la verdad, labrando su propio destino.

En este sentido buscó siempre la unidad. Reconcilió al pragmatismo generalizado y directo de los sectores económicos de Norteamérica con las grandes democracias social-católicas de Europa. El mundo occidental estuvo entonces solidariamente unido, engarzadas las fuerzas espirituales con los elementos económicos, lo religioso y lo político.

¡Qué sugestiva coincidencia la de haber presenciado este año nuestro de 1963 la muerte de dos personalidades tan afines como ilustres!

Juan XXIII y el Presidente Kennedy. Ambos fueron factores seguros y definitivos de unidad. Por ello fueron también de la paz. De la interna y de la externa, porque la primera asegura la segunda.

Pero su paz no fue la de los débiles. Su esperanza en la redención afincaba con firmeza en el quicio de la ortodoxia. Fueron y predicaron siempre la misma palabra de verdad. Por eso, cuando llegaron momentos de definición, nunca equivocaron su misión.

Pero lograron algo más. Supieron empujarse por encima de este logro primordial, llegando hasta restablecer la más valiosa de las libertades, la de mayor jerarquía, la libertad ante y para la historia.

El determinismo dialéctico parecía tener la tuición del devenir del tiempo cuando ellos pudieron enseñar al mundo que ser espiritual no impedía ser positivo a la vez, que la tradición no se oponía a la innovación, que los poderosos podían por convicción actuar como humildes, que los ricos propiciarían efectivos repartos de los bienes, que las democracias antiguas eran capaces de revolucionar el ámbito de las relaciones de los pueblos.

Nuestra memoria guardará los nombres de Juan XXIII y de Juan Kennedy en mítica coincidencia y consonancia, como símbolos de la victoria del espíritu y de la libertad sobre lo contradictorio y lo irremisible.

III

Tan trascendental tarea lograda en tiempo tan breve nos induce a una nueva meditación.

Hay fines superiores en la sociedad que le son propios e inabrogables. Son objetivos de largo alcance que trascienden con mucho a la suma de los problemas de cada uno de sus integrantes. Ellos son al fin y al cabo permanente exigencia de colosales tareas colectivas, acitadé de grandes renunciamientos en aras de un ideal.

La voluntad de los pueblos que desean su emancipación y bienestar se siente limitada en cuanto a concebir y realizar sus fines últimos, por ello deposita su confianza en quienes ha señalado con el índice de su soberanía.

Porque no disponen de tiempo, porque no tienen la preparación suficiente, porque se sienten débiles y tímidos buscan en el representante o mandatario ideas, amparo, optimismo y tareas que cumplir. Exigen que éste sea en definitiva mucho, pero mucho más que un simple recadero de pretensiones fraccionarias o de voces localistas.

El político que se conforma con el éxito personalísimo logrado al través de una popularidad fácil, puede ser que interprete pero no dirige; puede ser que brille pero no manda; no gobierna los anhelos y los impulsos de sus ciudadanos.

Kennedy comprendió con claridad deslumbradora la importancia de un recto entendimiento de la función representativa.

En su libro "Perfiles del coraje" destaca el ejemplo de grandes norteamericanos que supieron enfrentar la impopularidad de su tiempo al mantener una lealtad irrestricta con lo que ellos estimaron la única y verdadera conducta a seguir.

Pero hay una frase suya, pronunciada al aceptar la candidatura presidencial, que lo resume todo. La sentencia no es precisamente hermosa, pero es exacta. Neta como una ecuación matemática, directa co-

mo la flecha que da en el blanco. Dice así: "El político debe enfrentar los acontecimientos con mentalidad de dirigente no de vendedor."

Figuras señeras surgieron lejos del halago y de mayorías avasalladoras. Supieron incluso de fracasos y abandonos electorales pero llevaron adelante su tarea, aquélla que le indicaba su patriotismo, sus principios y su conciencia. Eran dirigentes valorosos y decididos, no vendedores de ilusiones.

Las pequeñas metas que plantea la popularidad fácil enredan al político y no le permiten subir por la atalaya donde se divisan los grandes objetivos.

Es indispensable disciplinar la voluntad popular dentro de un orden jerarquizado que reconozca a los llamados al Gobierno ejecutoria suficiente para desarrollar su mandato de acuerdo con sus inspiraciones, conocimientos y experiencia.

Las grandes democracias así lo han comprendido y han sido premiadas con gobiernos capaces de transformar las relaciones humanas en menos de una década, de alcanzar cifras inverosímiles en el desarrollo económico y en la distribución de la riqueza.

El Gobierno de Kennedy complementa la obra realizada con una lección de democracia. Para nosotros los conservadores, además del valor ejemplarizador que ello involucra, revela una sana y elemental lógica en la conjunción. Porque el recto ejercicio de una democracia es instrumento seguro para labrar las grandes conquistas.

Compenetrados de que uno de los grandes peligros para las Instituciones radica precisamente en la inoperancia, agregamos emocionado homenaje de gratitud al gran capitán que supo guiarlas con éxito y resguardar su prestigio.

IV

"Duncan está en la tumba
después de la agitada fiebre de la
[vida duerme bien.

La traición ha hecho lo peor que
 [podía: ni
 el acero, ni el veneno, ni la maldad
 [interna,
 ni la exacción externa, pueden
 [afectarlo ya.”

Pasaje de Macbeth, dilecto de Abraham Lincoln, quien lo recitó una y cien veces hasta pocos días antes de su muerte. Invocamos el recuerdo de otro gran mártir para reforzarnos en la esperanza de que ninguna pérdida por importante, trágica e inesperada que sea, es definitiva o irreparable.

Hyde Park más al Norte, Mount Vernon, el Mausoleo de Jefferson, Arlington, la colina de Lincoln, cerca o dentro de la hermosa capital, son las reliquias o mansiones póstumas de quienes no temen a la muerte. Son lugares en los que la belleza arquitectónica se enlaza con el colorido múltiple y centelleante de la Naturaleza. Son parajes alegres que atestiguan la victoria de sus héroes en la vida y aún más allá de ella. Kennedy ya está con ellos, porque fue uno de ellos. Eslabón conexo de una tradición fecunda.

Nunca miremos con espanto el sacrificio de los grandes. Si el plomo asesino llega para algunos, otros desesperan en la lucha incomprendida y otros desfallecen en la soledad y el abandono. Hay muchas formas de morir. Y tiene que ser así, para que todas las generaciones, las presentes y las venideras, reverencien el valor sublime del renunciamento.

El destino trágico nimba la personalidad de los mártires que dejan de ser recuerdos de hombres o de vidas para erigirse en símbolos. Símbolos para la eternidad.

Aceptemos entonces el desafío de la desesperanza y frente a la pérdida reafirmemos nuestra voluntad de seguir. Con mayor fuerza, con más brío y resolución que antes.

Como la instancia de Isaías que nos dice: “los que esperan en el Señor renuevan

las fuerzas, remontan el vuelo como águilas, corren y no se fatigan, andan y no se cansan.”

He dicho.

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Gumucio, por el Comité Demócrata Cristiano.

El señor GUMUCIO (poniéndose de pie).—Señor Presidente, el Partido Demócrata Cristiano quiere, en esta solemne sesión de la Honorable Cámara, convocada para exaltar la memoria y la figura de uno de los más grandes Mandatarios de Estados Unidos, dejar testimonio emocionado de su respeto y admiración por el hombre que ha escrito una página brillante en la historia de la humanidad.

Cuando a los grandes conductores de masas se les reconoce que supieron amar, con amor carnal, valores que son patrimonio de la humanidad entera, las ideologías, las filosofías o los principios económicos no limitan ni pueden limitar la justicia de un homenaje.

Para nosotros, los democratacristianos, que tuvimos fe en las personalidades del ex Presidente John Kennedy, aun cuando discrepamos en la manera de enfocar algunos hechos, el homenaje unánime que hoy se le rinde confirma la confianza que en él depositamos.

El Presidente Kennedy, como conductor de pueblos, supo amar esos valores y vivirlos en su esencia. No olvidó que su vida se justificaba sólo como una contribución al sendero común: que no hay sabio ni genio alguno que no sea un servidor de la comunidad, y que no hay cristiano que no deba colocarse, sin cesar, en la continuidad entre el pasado y el futuro, entre el Dios que le dio una misión y el prójimo que la controla.

“Toda alma humana: decía Chesterton, debe, de alguna manera, consumir ella misma la gigantesca humildad de la Encarnación. Todo hombre debe descender a la carne para encontrar la humanidad”. Encontrar a la humanidad, recorriendo los

campos dolorosos de la lucha política es el más alto signo de la caridad, la liberación y la redención. Ese camino lo recorrió Kennedy, rompiendo afectos y desechando los compromisos que atan.

Al ascender al Poder, se le criticaba su juventud y su credo religioso. Ahora, después de muerte, el homenaje unánime le reconoce que fue su juventud la que le permitió mantener incólumes las posiciones renovadoras que planteó, y que su credo religioso le dio la amplitud para entender una libertad en la pluralidad, siendo que, en su país, el catolicismo es minoritario.

Como político americano actuó dentro de la concepción de la democracia que vive la gran Nación del Norte: único caso en el mundo donde ha fructificado una alianza del capitalismo con la democracia de masas. Pero ese hecho no le impidió tomar conciencia de la realidad de nuestra época, en un nivel universal, al margen del modelo americano. Comprendió el clamor de un mundo que exige cambios revolucionarios, que satisfagan las ansias de justicia, de paz y de libertad.

Recién elegido por la Convención Presidencial del Partido Demócrata dio pruebas, ya evidentes, de que era un político de largas perspectivas, que sabía conjugar, con sentido moderno, una concepción del hombre, una filosofía de la historia y una medida de lo posible. "Que otros tiemblen ante la palabra revolución —dijo— ¡Nosotros no! Por el contrario, creemos en la necesidad de la revolución en Africa, en América Latina, en Asia en el Medio Oriente". "Es el futuro nuestro deber de hoy. La humanidad está transformándose. La era antigua alcanza ya a su fin. Los viejos caminos ya han sido recorridos hasta su término y no conducen más a parte alguna".

Como los grandes visionarios cristianos del pasado, sintió que, para que los valores eternos de la civilización se reenarnen en una nueva sociedad, fraterna y comunitaria, era necesario partir rom-

piendo con los viejos moldes y recorrer caminos nuevos.

En el discurso, al asumir el mando de los Estados Unidos, rompió ya con el estrecho mundo de los privilegios. El eco de sus palabras resuena, aun, en los corazones de todos los hombres de buena voluntad.

Hablando de la ayuda a Latino América, expresó: "A las hermanas Repúblicas del sur de nuestra frontera, hacemos una promesa especial: la de convertir nuestras buenas palabras en buenos hechos, la de crear una nueva alianza y ayudar a los hombres libres y a los Gobiernos libres a desembarazarse de las cadenas de la pobreza".

El Mandatario de la Nación más poderosa del orbe demostraba, con esas palabras electrizantes, tener una personalidad enriquecida por una voluntad de cambio.

A las hermanas Repúblicas de sur, a Chile entre ellas, les hacía una promesa formal: ayudarlas a desembarazarse de las cadenas de la pobreza. El joven Presidente medía, en su conciencia, la responsabilidad de sus palabras. Iban dirigidas a un Continente, que lleva siglos sufriendo el dolor y el hambre que provoca un sistema de injusticia y privilegios. Un sistema que hizo más ricas a las grandes Naciones y más pobres a las pequeñas. Eran las primeras palabras que surgían de labios de un Jefe de América del Norte, reconociendo que no existe derecho ni libertad, cuando la miseria mata el espíritu y atropella la dignidad del hombre.

Hasta las últimas raíces de la conciencia colectiva del Continente llegó su mensaje. Como no era un falsario, luchó con lealtad y voluntad por convertir "las buenas palabras en buenos hechos". No seríamos justos si a él culpáramos de que muchas de las esperanzas que se abrieron en aquel entonces, se hayan alejado de los corazones latinoamericanos.

Algo sabemos en Chile de cómo actúan, en el mundo y en América del Norte, las

negras fuerzas de la regresión, que en una pseudo normalidad aplastan a los hombres, por la miseria o la guerra.

El reino del dinero ha podrido tan profundamente las relaciones humanas, que las palabras del Presidente Kennedy merecieron el ataque despiadado de las minorías enriquecidas. De nada sirvió la advertencia que hiciera a una sociedad adormecida, que si no es capaz de "ayudar a los muchos que son pobres, no podrá salvar a los pocos que son ricos".

En el mismo discurso hizo otro llamado: "A las Naciones que pudieran convertirse en adversarias hacemos, no una promesa, sino una petición: la de que ambas partes comiencen, de nuevo, la gestión en pos de la paz, antes de que las potencias negras de la destrucción, desencadenadas por la ciencia, envuelvan a la humanidad entera en la autodestrucción planeada o accidental".

"Pero ninguno de estos dos grandes y poderosos grupos de Naciones pueden sentirse satisfechos del curso actual de los acontecimientos. Las dos partes están sobrecargadas por el costo de las armas modernas, las dos están alarmadas, con razón, por el aumento constante de amenaza del átomo mortífero, aunque las dos se hallan entregadas a una carrera que tiene, por fin, alterar el inseguro equilibrio de terror que contiene la mano de la guerra final de la humanidad."

"Empecemos, pues, de nuevo y recordemos, los dos lados, que la civilidad no es indicio de debilidad y que la sinceridad está siempre sujeta a prueba. Nunca negociemos impulsados por el temor. Pero nunca temamos negociar."

El llamado o más bien la petición, fue escuchada. Invitó al mundo comunista a comenzar de nuevo y tuvo respuesta. Llegó el día en que, la fe en la paz rompió el hielo de la soberbia, y se hizo carne en otro de los poderosos del mundo, dándose un paso importantísimo para la humanidad: fue el tratado antinuclear de Moscú. Seguramente, las manos que firmaron

ese tratado fueron, suavemente, guiadas por el Campesino Santo de Roma que, en su vida y en sus documentos, supo como nadie predicar la paz. Kennedy y Juan XXIII no tuvieron en suerte ver sus esfuerzos realizados en plenitud, pero ambos mucho hicieron para que un día, al fin, los hombres de buena voluntad gocen de la paz.

Haciendo, quizás, qué esfuerzo de voluntad y de carácter el Presidente Kennedy, superó el agotamiento de sus fuerzas físicas, gastadas en una lucha sin cuartel, para dar la última y más noble de sus batallas. Luchó sin reservas, como lo puede hacer un cristiano que vive su fe, en contra la segregación racial.

Defendió a la raza negra en nombre de los derechos humanos, mereciendo el aplauso universal por su actitud. En su dura campaña contra la minoría racista de su país, seguramente tuvo en mente las palabras de San Mateo: "Si alguien dice, yo amo a Dios y odio a mi hermano, es un mentiroso. Porque el que no ama a su hermano que ve, no puede amar a un Dios, que no vé."

La vocación del hombre es abandonar, sucesivamente, todo lo que posee y no poseer, en definitiva, más que lo que da.

Kennedy dio mucho a la humanidad y, por eso, su nombre quedará asociado, en la historia, con todos los que entregaron contenido a los valores que amamos: paz, libertad y justicia.

Su muerte hace recordar las palabras del poeta José María Heredia:

Quando el águila ha pasado las nieves
 (eternas,
 Quiere buscar más aire para su amplia
 (envergadura
 Y el sol más cercano en un cielo más claro
 Para entibiar la luz de sus oscuras pu-
 (pilas
 Emprende el vuelo. Aspira un torrente de
 (centellas
 Siempre más alto, ensanchando su vuelo
 (tranquilo y altivo

sube hacia la tempestad donde lo atrae el
 (destello.
 Pero el rayo de un golpe ha quebrado sus
 (alas
 Feliz quien, por la gloria o por la libertad
 en el orgullo de la fuerza y la embriaguez
 (del sueño
 muere así de una muerte deslumbradora y
 (breve.

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Teitelboim, por el Comité Comunista.

El señor TEITELBOIM (poniéndose de pie).—Señor Presidente: doloroso y amargo es llorar al amigo, al camarada, a los muertos del pueblo.

Larga, interminable es la lista de sus caídos. Pero la muerte se alimenta de la vida así como la vida se alimenta de la muerte. El hombre, el pueblo, tiene una infinita capacidad de renovación y de resurrección porque sus raíces están en toda la tierra. El es siempre la esperanza, la vida en marcha, que sigue avanzando, por encima de las tumbas.

Pero esta tarde venimos a expresar un sentimiento de sobria congoja por el fin trágico, bajo el fuego, de un hombre que no era nuestro, ni siquiera un neutral, sino nada menos que comandante de las filas adversarias, John Fitzgerald Kennedy, Presidente de los Estados Unidos.

No hemos estado en ninguna misa de requiem por el descanso de su alma. Nos hallamos muy lejos del cementerio de Arlington, pero allí, en su última morada, junto al Potomac, alguien un día podría colocar en nombre de Chile, un ramo no de flores de Virginia, sino de copihues de nuestra Araucanía.

Ahora, que se han apagado todas las salvas, que se han acallado todos los lúgubres redobles sobre el cuero del tambor, el sollozo de las gaitas militares, y sólo resuena un toque de silencio en el corazón herido y turbado de su pueblo, queremos decir por qué nos levantamos, en

esta sesión solemne, a saludar, en nombre del Partido Comunista de Chile, el recuerdo del Presidente inmolado, con el que tantas veces discrepamos, de principio a fin, en muchos problemas substanciales.

Porque debemos ser respetuosamente claros también en el recogimiento de unas honras fúnebres: no participamos de su filosofía del mundo, ni de la sociedad. Nos oponemos a su ideario y a su acción de fiel defensor, con métodos modernos, remozados, del capitalismo. Rechazamos todas las formas de penetración del imperialismo, aunque vengan acompañadas de envolventes melodías sobre la "Alianza para el Progreso". Por encima de todas las bellas palabras, prevalecen en nuestra América Latina ciertas realidades crueles. De doscientos millones de seres humanos que la pueblan 140 millones están desnutridos, cien sufren enfermedades endémicas producidas por la miseria. El Continente que se extiende al sur del río Bravo hasta el Cabo de Hornos es potencialmente uno de los más ricos del planeta. Pero su riqueza esencial, la sangre viva de su economía, el pan del hombre de la América pobre se va a incrementar la ganancia desorbitada de los monopolios norteamericanos que son ¡ay! demasiado multimillonarios, y a los cuales nosotros no pedimos nada que legítimamente les pertenecía, sino reclamamos que nos devuelvan lo que era nuestro y se llevaron. Sin solucionar este problema de raíz no puede haber genuina Alianza ni Progreso real para América Latina. Esto lo ha dicho, con propias pero francas palabras, hace muy pocos días, el Presidente del Brasil, Joao Goulart.

Pero queremos decir el porqué de nuestro homenaje con palabras pronunciadas por el mismo Presidente Kennedy en el día triunfal y gozoso en que asumía su cargo: "... a las naciones que podrían haberse erigido en adversarios nuestros — dijo— les hacemos no una promesa sino una petición: que ambas partes empeemos de nuevo la búsqueda de la paz, an-

tes que las oscuras fuerzas de la destrucción, desencadenadas por la ciencia, hundan a la humanidad entera en su propia destrucción, deliberada o accidentalmente". Eso celebramos en él: su propósito de "frenar la mano de la guerra postrera de la humanidad", de no dirimir el gran duelo entre capitalismo y socialismo a través del conflicto termonuclear. "Exploremos ambas partes —proponía— los problemas que nos unen, en vez de ocuparnos de los problemas que nos dividen". Eso destacamos en él: su afán de negociar en pos de una solución, tratando naturalmente siempre por su parte de sacar ventajas para el sistema económico, político y social que representaba, el capitalismo, que se ve obligado a retroceder ante el avance del socialismo, del movimiento de liberación nacional, del ansia de justicia de los trabajadores de todos los pueblos.

Pero esa actitud de rechazar el holocausto atómico como forma de dirimir la contienda histórica de nuestro tiempo es en sí una posición incomparablemente superior o inmensamente más constructiva que el delirio de lesa humanidad de aquellos que, aun al precio de mil Nagasakis e Hiroshimas, quieren engrosar sus cuentas bancarias.

Por eso, un hombre que milita en sus antípodas ideológicas, Jruschov, en cablegrama al Presidente Lyndon Johnson, junto con expresar la "indignación del pueblo soviético contra los culpables de este bajo crimen", describió a Kennedy como "persona de amplias perspectivas que estudiaba la situación de manera realista y trataba de hallar los medios para negociar arreglos de los problemas internacionales que ahora dividen al mundo..." Y luego añade: "Todos los que lo conocían, lo respetaban grandemente".

Y el jefe de una gran revolución, de un pueblo heroico, que tanto ha tenido que sufrir por la malquerencia abierta, por la hostilidad constante de las grandes corporaciones de Estados Unidos y del Pentágono, del gobierno de Washington y del

propio Presidente Kennedy, Fidel Castro, declara: "Nos inclinamos con respeto ante el caído, aunque se trata de un enemigo. Su muerte es un hecho negativo para la humanidad. Puede ser perjudicial para los intereses de la paz. Lo ocurrido sólo beneficia a los ultrarreaccionarios, entre los cuales no se podía contar a Kennedy". Recordó también el héroe de Sierra Maestra que el compromiso contraído con la Unión Soviética de no atacar a Cuba y la firma del acuerdo del cese parcial de las pruebas nucleares, suscrito en Moscú hace pocos meses "tuvo la oposición decidida y feroz de los elementos más reaccionarios".

Ese hombre que en la vida y en la muerte fue acompañado, tratado y honrado por Presidentes y Ministros, por los últimos extraños emperadores, que como curiosas piezas de museo aun subsisten en la tierra, y por los reyes y las reinas, que todavía reinan pero ya no gobiernan, por todos los reales o aparentes "grandes del mundo", ese hombre tuvo paradójicamente una vida clara y una muerte oscura.

Vida clara, personalidad recia, imaginativa, brillante, aire de perpetuo adolescente. No fue su cuna un cajón de azúcar, sino la de oro macizo que perfectamente hubiera podido darle, si se usaran en este siglo cunas de oro, un padre multimillonario.

Goethe dijo un día refiriéndose a un poeta innominado: "Tienes todos los dones, menos el del amor". El mundo sabe que John Kennedy también tuvo ese don. Vivió un hermoso amor casi ante los ojos de todos, porque en ésta la presente era del cine, de la televisión y de la radio, de los medios de comunicación masivos e instantáneos, y en especial en Estados Unidos, hasta la vida íntima de los personajes famosos, su convivencia familiar es un hecho público.

En esta hora estremecida por un viento de tragedia, millones de corazones sensibles quisieran expresar a la señora Jacqueline Kennedy su sincera condolencia, un pésame traspasado de denso sentimen-

talismo, aun sin conocerla personalmente.

Para las almas sencillas, el matrimonio Kennedy fue como la imagen del romance feliz, que se desvaneció de súbito, en una calle de Dallas, durante un viaje en automóvil. Es como si se quebrara, como si inesperadamente se hubiera deshecho el encantamiento, al seco y fatídico son de tres alevos y misteriosos disparos. Sí; allí terminó para él la vida y para la bella dama la felicidad y la alegría. Llegó la hora de la elegía, del luto, del llanto contenido a la fuerza; llegó la hora de ser viuda, de aferrarse con estoica desesperación a las manos de lo que quedó de aquel amor, la pequeña Carolina y un chico que quiere jugar con el papá, John-John. Esos hijos son de familia opulenta, pero tanto los niños pobres como los niños ricos saben que un buen padre no se compra ni con todo el dinero del Tesoro de los Estados Unidos.

Y todas las mujeres, todas las madres del mundo saben a su vez que esto es como caer de la grada más alta de la escala humana al abismo del desconsuelo.

Por ello, a raíz del abominable crimen de Dallas, la opinión mundial sufrió un escalofrío por partida doble: el temor ante las implicancias políticas, que se temían preñadas de consecuencias imprevisibles, y por otro lado el drama personal del hombre que muere, de la mujer que queda sola y de los niños que difícilmente cuando grandes podrán recordar a su padre. Tragedia individual e íntima, pero de raíz y vigencia universal. Ante tales casos se produce una corriente de simpatía emotiva y una solidaridad ante el dolor que es el mismo bajo todos los cielos. Gente de los más diversos idiomas entiende y comparte ese sufrimiento, porque como el amor, como todos los sentimientos fundamentales, habla la lengua común del corazón humano.

Vida clara y gallarda en el campo de batalla, en el periodismo, en las letras; muerte oscura, sobre la cual el aliento en suspenso de la opinión de cinco continen-

tes, pide hoy que se haga la luz más entera.

De nuevo han vuelto los fantasmas del pasado. La muerte del joven Presidente de los Estados Unidos a manos de un torvo asesino revive el drama de Lincoln, de Garfield, de MacKinley, en circunstancias aun más enigmáticas por el momento.

Dentro de un par de años se cumplirá un siglo desde que el alto y desgarrado Presidente Lincoln fue muerto en un teatro por un mal actor llamado Booth, que exclama: "El Sur está vengado". Casi un siglo que los negros lloran a aquel que murió por su emancipación y que el profeta civil, de caudalosas barbas y robusta inspiración Walt Whitman, en nombre de su pueblo, clama en vano: "Mi capitán no contesta, sus labios están pálidos y silenciosos".

En 1881 igualmente cayó abatido el Presidente James Garfield por defender a los negros y por tratar de extirpar la corrupción, el poder del crimen organizado.

Casi un siglo después de Lincoln cae de pronto asesinado el Presidente Kennedy, en la ciudad de Dallas, estado de Texas. En Texas se cuentan cinco de las diez más grandes fortunas del país, gracias al petróleo, en cuyo nombre tantos crímenes se han cometido. En Dallas, donde hace unas pocas semanas se afrentó a Adlai Stevenson, embajador de su patria antes las Naciones Unidas, la mayoría de la población es negra, pero sólo tienen derecho a voto 130 negros. El día en que el Presidente Kennedy llegó a esa ciudad el diario "Dallas Morning News" publicó a página completa la siguiente advertencia: "Bienvenido a Dallas, Mr. Kennedy, a la ciudad que rechazó su filosofía y su política en 1960 y que la rechazará nuevamente ahora en forma todavía más contundente que antes". Un cartel en las manos de un iracundo mostró al paso de la comitiva presidencial esta leyenda: "Desprecio las ideas socialistas del Presidente Kennedy".

Por eso, esa muerte creemos que no viene del acaso, que no es hija del ciego azar.

No querían a Kennedy los guerreristas furiosos, las mafias del delito, los traficantes de drogas ni los tratantes de blancas. No lo querían segregacionistas que aun no perdonan a Lincoln.

Pero el negro que se dice a sí mismo: "No tengas miedo de la luz —por ser hijo de la noche... Yo también soy América" marchó este año hasta la Casa Blanca en la gigantesca movilización por los Derechos Civiles. Y allí conversó con Kennedy. Ahora ya no podrán conversar más con él, pero su nombre es otro nombre escrito en sus banderas.

Los comunistas condenamos ese crimen nefando, así como estigmatizamos a fuego todo atentado y toda forma de terror individual, por principio esencial de nuestra doctrina y por sentido de decencia humana.

Anteayer la tumba se cerró. Pero su caso no se ha cerrado. ¿Quedará su muerte en la historia como enigma de los enigmas? Esperamos, deseamos que se descorran todos los velos del interesado misterio y la verdad muestre su rostro.

Ha quedado en ridículo el burdo montaje de la tristemente célebre policía de Dallas, empecinada en atribuir al supuesto hechor conexiones políticas de izquierda, de inculpar a los comunistas, a Cuba, a la Unión Soviética. Esos sabuesos fracasados, movidos por tenebrosos hilos, creen que el mundo es tonto y que el pueblo norteamericano va a "comulgar con ruedas de molino". Se equivocan. El mundo entero pide una investigación en serie y una justicia verdadera. Y el propio pueblo norteamericano, asiduo lector de novelas policiales, encuentra que la intriga, la trama burda tejida ahora en Dallas es propia de torpes principiantes, que no engaña a nadie con tres dedos de frente. Por encima de la torcida propaganda, del afán de convertir a un rufián de burdel en héroe nacional, estamos seguros de que el pueblo norteamericano, la opinión pública mundial, harán que la verdad resplandezca. La lucha por la verdad y la recta in-

formación ciertamente no será fácil, porque el enemigo es poderoso e implacable. No perdona. Quiere gobernantes incondicionales a su servicio. No tolera que escuchen a su pueblo. Y, sin embargo, esta tremenda lección derivada del asesinato del Presidente Kennedy, en Estados Unidos, en todas partes, abrirá millones de ojos que antes miraban, pero no veían el fondo de las cosas.

Hace pocas horas, la mano trémula de una mujer que tenían el corazón hecho pedazos encendió una luz en el santuario de Arlington, junto al sepulcro del que fue su esposo. Que siempre la causa de la paz, a la cual él en instante difícil dio un aporte responsable, se mantenga encendida como esa llama eterna.

Por estas razones, los comunistas chilenos rendimos esta tarde homenaje a un hombre caído violentamente en la mitad del camino. Estuvo muy distante de nosotros. En muchos campos nuestras posiciones fueron definitivamente antagónicas; pero por algunas de sus acciones básicas creemos que merece un reconocimiento de la humanidad atónita de nuestros días, ansiosa de paz entre las naciones y anhelante de una justicia social que en una vida y convivencia superior destierre para siempre de la historia los atentados contra los hombres y contra los pueblos.

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Almeyda, por el Comité Socialista.

El señor ALMEYDA (poniéndose de pie).—Señor Presidente, el mundo se ha sentido conmovido, en los últimos días, con el trágico desaparecimiento de uno de los hombres a quienes la historia había entregado una de las máximas responsabilidades para con el género humano, en su carácter de Presidente de los Estados Unidos de América.

John Fitzgerald Kennedy, impetuoso y reflexivo a la vez, generoso y abierto, quizás algo ingenuo, pero siempre bien intencionado, había echado sobre sus hombros, hace tres años, por voluntad de sus con-

ciudadanos, la tarea de dirigir a su inmenso y poderoso país en el proceloso mar de la política contemporánea, erizada de graves peligros externos y de no menores dificultades interiores.

Con ese aire juvenil y alegre, casi desaprensivo, de que daba muestras su rostro de sano y apuesto muchacho norteamericano, el Presidente Kennedy se aprestó a enfrentar la difícil responsabilidad de su cargo. De familia opulenta y de larga tradición de servicio público, se puede decir que se educó y formó para ser Presidente de los Estados Unidos. Pero no lo hizo como la generalidad de los políticos de su país, en el pesado y lóbrego ambiente de las máquinas politiqueras, en pecaminosa colusión con los intereses de los caudillejos locales o en íntimo maridaje con los detentores de la riqueza, que allí son dueños de los medios de información, aviesos manipuladores de la opinión pública y hábiles corruptores de los jóvenes que prometen una exitosa carrera política. No. Kennedy buscó otra escuela para su formación cívica. Vio, salió, estudió y pensó. Se relacionó con lo mejor del pensamiento universitario liberal de los Estados Unidos. Dejó de lado a los viejos y caducos consejeros que asesoraron, no hace mucho, a uno de sus predecesores, de su misma tienda política, el ex Presidente Truman, y supo escuchar la palabra de un Arthur Schlesinger, de un William Rostov, de un Adlai Stevenson, sin perder por ello contacto con los sindicatos obreros y con las organizaciones de los negros, que constituyen el principal apoyo electoral de los demócratas en los densos estados del norte y del este de la Unión Americana.

Valeroso combatiente en la guerra antifascista, demostró con ello que no era un intelectual pusilánime y que, junto a su superior formación cultural, unía el coraje de la juventud y la serena dureza de quien sabe enfrentar la muerte con responsabilidad y decisión. De vuelta a su patria, victorioso, emprendió la breve y fulgurante carrera política que había de

llevarlo a la Cámara de Representantes primero, al Senado después y, por último, en espectable triunfo, a la presidencia de la Nación más poderosa de la tierra.

Allí debió desafiar al mundo de los monopolios que añoran incluso la guerra preventiva, a fin de destruir al socialismo en la tierra; a los militares del Pentágono que siguen la huella de Foster Dulles y que se empeñan en hacer retroceder la historia, aun corriendo el riesgo de precipitar al mundo en una catástrofe nuclear.

Allí debió luchar contra el prejuicio racial de los segregacionistas sureños, que todavía no comprenden el contrasentido de que su país pretenda ser el adelantado de un mundo que llaman libre, ignorando la existencia de decenas de millones de americanos de color.

Allí, desde la Casa Blanca, debió Kennedy defenderse de la presión maligna de los que querían la guerra para impedir que en Cuba se estableciera una república socialista; de los que osaban amenazar con bombas nucleares a los movimientos liberadores del Asia y del Africa, a fin de impedir su plena emancipación social y nacional.

Kennedy, en la presidencia de los Estados Unidos, fue un freno al imperialismo agresivo, belicista y provocador. No pudo hacer más. No pudo hacerlo, porque él mismo, pese a su brillante formación intelectual, permaneció prisionero de las limitadas concepciones ideológicas que predominan en su país, aún incluso en sus círculos más avanzados.

Kennedy comprendía que el mundo cambia, que vive en una época revolucionaria que necesita avanzar con ímpetu para acabar con la miseria y la ignorancia; pero no acertó a comprender y descubrir el camino verdadero y real, la única dirección justa, para que sus metas ambiciosas y grandes se logren en auténtica profundidad, el camino y la dirección del socialismo.

Su política de "Nuevas Fronteras", su programa de "Alianza para el Progreso"

son una trágica muestra de ese gran imposible que quijotesca mente quiso realizar el gran Presidente fallecido.

Quería modernizar un sistema como el capitalista que está ya caduco en la escala mundial, que está demostrando su incapacidad para servir de cauce a fin de que el Tercer Mundo conquiste su puesto en la historia humana. Y si se mantiene todavía aparentemente fuerte, ello lo paga al elevado precio de un irracional desperdicio de riquezas, de injusticia graves y evidentes y de un armamentismo peligroso y suicida.

Kennedy murió en forma trágica, asesinado por un tenebroso submundo de desequilibrados mentales, de "mafias" y de vicios, que constituye la otra cara de la medalla de la prosperidad americana.

Su abominable asesinato demuestra la impotencia de la empresa de este gran Quijote, caballero andante de nuestro siglo. No todo lo que reluce es oro. Algo huele a podrido en el seno de una sociedad que genera procesos tan oscuros como los que el mundo atónito está presenciando en estos momentos y que se están develando con el esclarecimiento de los sucesos de Dallas.

Kennedy luchó por un mundo mejor. No logró consumar su propósito. En su propio país había quienes lo combatían con tanta pasión y maldad, como combatieron a su ilustre predecesor Franklin Délano Roosevelt. Pero en su empeño por trabajar por ese mundo mejor dejó una herencia estimable y valiosa, que la humanidad ahora reconoce emocionada y agradecida: su contribución a la causa de la paz, su denodada lucha por la igualdad de todos los americanos, su indomable esfuerzo por sacudir a su patria de la ominosa tiranía de los monopolios y de las cadenas del "maccartismo".

Por estas razones, los Diputados socialistas nos inclinamos reverentes ante su memoria.

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Juliet, por el Comité Radical.

El señor JULIET (poniéndose de pie).—Señor Presidente, concurre en esta tarde el Partido Radical, por mi intermedio, al homenaje que nuestra Honorable Cámara rinde al Presidente de los Estados Unidos, señor John Fitzgerald Kennedy, tan alevosamente asesinado.

Creo que todo el recuerdo que hoy día hagamos de tan ilustre Mandatario no logrará ser lo suficientemente coincidente con su vigorosa personalidad. Bastaron tres años para que impresionara al mundo con la firmeza de sus convicciones, con la gallardía de sus actos, con la finura que distinguió su vida de hogar, con la sensibilidad que puso para apreciar los fenómenos que convulsionan a los hombres de nuestro tiempo, con la fe que entregó sin reservas a la gran causa de la paz. Puede afirmarse que, como hombre, como ciudadano de una democracia y como gobernante, tiene un sitio destacado entre los elegidos, entre los inmortales.

Nuestra generación, que ha tenido la oportunidad de ser una espectadora anhelante e inquieta de todo el progreso alcanzado, del avance de la ciencia, de las revoluciones y evoluciones de la humanidad, ha tenido, no obstante, el triste privilegio de ser testigo de cómo figuras señeras, que con su filosofía de bien humano querían encontrar la felicidad de todos los hombres y de todos los pueblos, vieron frustrados sus sueños y sus anhelos, ya sea por la acción natural de la vida humana, ya sea por la acción mezquina, bastarda e ignerante de algunos hombres.

Ayer no más, nacía en el Oriente un hombre dotado de singular talento, de inmensa sensibilidad y de extraordinaria cultura, como fue Mahatma Gandhi, el "Hombre del Alma Grande", que, al observar la vida de su pueblo, la India, en su estado de miseria, de desnutrición, de in-

cultura a que había sido llevada, como también el dominio que sobre ella pesaba, alzó su voz en conceptos de paz, buscando la avenencia, la comprensión, el amor, y abominando la intolerancia, la agresión y la guerra. ¡Cómo suenan de conocidas estas expresiones en nuestros días! No es raro. Constituyeron las armas de combate del ilustre Mandatario que hoy recordamos.

Decía Gandhi, en algunas de sus meditaciones: "Preferiría que me hicieran pedazos, antes de reconocer lógica la existencia de mis hermanos desclasados. Yo no deseo renacer, pero si debiera hacerlo, quiero renacer entre los intocables, a fin de compartir esa afrenta y trabajar por su liberación". Cómo habrán sonado de gratas estas palabras llenas de amor y sacrificio entre los parias de aquellos tiempos del pueblo hindú, acentuadas más tarde cuando agregaba: "La ley del amor completo, sin excepciones ni restricciones, es la ley de mi ser".

Más adelante, expresaba: "Si la India hiciera de la violencia su ley, ya no me interesaría vivir en ella; cesaría de inspirarme orgullo alguno. Yo me aferro a la India como una criatura al seno materno, porque yo siento que es ella la que me da el alimento espiritual que yo necesito. Cuando este alimento falte, seré como un huérfano. Me retiraré a las soledades del Himalaya para cobijar allí mi alma desgarrada".

Así, Honorable Cámara, la acción y el pensamiento de este conductor de almas y de pueblos impulsó a la India bajo los prismas de la tolerancia, de la comprensión, del respeto, de la paz en los términos más generales, para que el pueblo hindú, con la no cooperación, obtuviera la independencia a que tenía derecho, sin que para ello hubiere sido preciso desencadenar la violencia o derramar la sangre de los hombres.

Los conceptos de paz triunfaban; pero

su impulsor, el soñador de todos los instantes, el abnegado luchador, sucumbía bajo la mano asesina de la intolerancia o de quienes jamás encuentran su conformidad en la evolución del hombre.

La acción de Gandhi ha perdurado ennobecedoramente durante todos los años de este siglo, y como un justo reconocimiento a sus virtudes y sacrificios por la paz, las flores de su tumba, hoy en día, son regadas por las lágrimas de todo un pueblo.

Tampoco lograrán los hombres de nuestro tiempo, de nuestros días, olvidar la majestuosa personalidad de Juan XXIII, el gran pastor de la ley nacida al influjo de las enseñanzas del iluminado de Jerusalem, de aquel a quien los ángeles, según las Sagradas Escrituras, anunciaron bajo la expresión de "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad", con lo cual el Dios cristiano presentaba a los hombres el signo determinante de su advenimiento, que no podía ser otro que la paz, al través del verbo del amor, del perdón, de la tolerancia, de la comprensión, de la enseñanza para acentuar las virtudes humanas.

No serán, pues, el odio ni el rencor, la venganza, la agresión o la guerra los medios para encontrar la verdad de convivencia, de felicidad y de progreso.

Tuvimos la suerte de ser testigos de la trascendental obra impulsada y realizada por aquel gran Pontífice, quien, hoy, desde el Más Allá, continúa impresionando a su Iglesia, y sus postulados se toman como máximas directivas en las renovaciones que se proyectan.

¿Qué tuvo este gran prelado, qué tenía este pastor de almas, para impresionar tan fuertemente al mundo de hoy? Parece que la respuesta es obvia: ser un discípulo abnegado y observante de la doctrina impartida por Cristo.

Humildad en la acción. Considerarse el más humilde de los hombres. Atraerlos.

bajo la majestad de su modestia. Ser el Pastor de los Pobres. Entregar el amor, para rectificar el error; dar la enseñanza para abatir la ignorancia; irradiar luz, para que los obcecados, los intolerantes, comprendan que la verdad definitiva aún no ha sido encontrada; reclamar la justicia, como un medio de igualar a los hombres.

Paz como entendimiento entre incrédulos y creyentes, como ecuación única de comprensión entre los pueblos. Paz, para que sea posible el advenimiento de la felicidad entre los hombres. Tal es la semilla que, con inigualable fe, esparció el Papa Juan XXIII sobre toda la faz de la tierra.

Nada lo detuvo en este afán de entregar al mundo su verbo. Invitó a conversar a toda la familia cristiana para encontrar, en un mutuo entendimiento, el denominador común de hermandad. Acogió, con especial beneplácito, a cuantos llegaban a él, sin hacer distinciones de credos espirituales, sociales o económicos que sus visitantes pretendieran imponer en el mundo. Abrió, con esta actitud bondadosa, sin prejuicios y sin sectarismos, un amplio cauce por donde seguramente se habrá de plasmar en el futuro la imposición bíblica de "trabajemos por la paz".

Honorable Cámara: Hoy el mundo se estremece con un nuevo y trágico acontecimiento. Ha desaparecido el Presidente de los Estados Unidos John Fitzgerald Kennedy, el más auténtico soldado de la paz, que como Gandhi y Juan XXIII estuvo en constante vigilia en favor de tan noble causa.

Creo que la mejor manera de testimoniar nuestro recuerdo y nuestra admiración hacia quien ya no nos acompaña en este tránsito por la vida, es traer el conocimiento de sus obras, ponerlas en vigencia, para que al través del análisis se transformen en verdaderos actos de fe, en legítimos motivos de lucha.

Muchas fueron las obras emprendidas por este gran Presidente.

Su palabra, sus acciones, sus actos, sus realizaciones, habrán de proporcionar capítulo muy importante en la conducción de los pueblos; pero a igual que los anteriores, sin duda lo que más acento recibió de él fue la paz.

Los tratados de convivencia suscritos por el Presidente Kennedy con numerosos países de la tierra; el Tratado de Desnuclearización que firmó con Rusia; su acción para que el pueblo de los Estados Unidos comprendiera que todos los hombres son iguales, y que, por lo tanto, sus posibilidades deben ser también iguales; la cooperación económica para que algunos pueblos del mundo puedan ir conquistando niveles de cultura, de vida y de salud, que los justifiquen vivir, son testigos permanentes de su incansable y tesonera acción en favor de la paz.

Cuando meditaba estas líneas, que hoy día entrego humildemente a ustedes, honorables Diputados, pensé que cumpliría mejor la misión que me ha sido encomendada, y estaría más acorde con mi propio espíritu, si les trajera en este momento las frases de su discurso ante la American University, a fin de contribuir al mantenimiento en plena vivencia de las expresiones de paz, que este gran Mandatario entregó al mundo.

Decía el Presidente Kennedy en aquella ocasión:

"¿A qué clase de paz me refiero? ¿Qué clase de paz perseguimos? No una paz norteamericana impuesta al mundo por las armas de guerra norteamericanas. Tampoco la paz de la tumba o la seguridad del esclavo. Estoy hablando de la paz auténtica; la clase de paz que hace que merezca vivirse la vida en el mundo; la clase de paz que permita a los hombres y las naciones crecer y confiar y construir una vida mejor para sus hijos; no sólo la paz para los norteamericanos sino para

todos los hombres; no sólo la paz en nuestro tiempo sino para todos los tiempos.

“Hablo de paz debido al nuevo aspecto de la guerra. La guerra total carece de sentido en una época en que las grandes potencias pueden mantener grandes y relativamente invulnerables fuerzas nucleares y negar a rendirse sin antes recurrir a dichas fuerzas. Carece de sentido en una época en que una sola arma nuclear contiene casi diez veces la fuerza explosiva desencadenada por todas las fuerzas aliadas en la segunda guerra mundial. Carece de sentido en una época en que los venenos mortales producidos por el intercambio nuclear serían llevados por el viento, el agua, la tierra y las semillas a lejanos rincones del globo y transmitidos a las generaciones por venir.

“En la actualidad, el gasto de miles de millones todos los años en la adquisición de armas para el propósito de asegurar que nunca necesitaremos usarlas, es esencial para el mantenimiento de la paz. Pero seguramente la acumulación de tales reservas ociosas de armamentos, que sólo pueden destruir y nunca crear, no es el único medio, ni mucho menos el más eficiente, de consolidar la paz.

“Hablo de paz, por lo tanto, como del objetivo necesario e inteligente del hombre racional. Comprendo que la búsqueda de la paz no es tan dramática como la de la guerra, y frecuentemente la palabra del que trata de alcanzarla cae en oídos sordos. Pero no tenemos otra tarea más apremiante.

“Algunos dicen que es inútil hablar de la paz mundial, de la ley internacional y del desarme general, y que será inútil hasta que los dirigentes de la Unión Soviética adopten una actitud más comprensiva. Espero que ellos la adopten. Creo que nosotros podemos ayudarlos en tal sentido. Pero creo también debemos nosotros examinar nuevamente nuestra propia posición, como individuos y como nación, pues

nuestra actitud es tan importante como la de ellos.

“Primero, permítasenos examinar nuestra posición hacia la paz misma. Muchos piensan que es imposible. Muchos otros creen que es irreal. Pero es una opinión peligrosa; derrotista, que lleva a la conclusión que la guerra es inevitable, que la humanidad está condenada a la destrucción. Que estamos apesados por fuerzas que no podemos controlar.

“No es necesario que aceptemos tal criterio. Nuestros problemas han sido creados por el hombre, por lo tanto, pueden ser resueltos por el hombre. Y el hombre puede ser tan grande como quiera serlo. Ningún problema que afecte al destino de la humanidad está más allá de la posibilidad de su solución por los seres humanos. La razón y el espíritu del hombre han resuelto frecuentemente lo que parecía insoluble, y nosotros entendemos que han de hacerlo de nuevo.

“La paz no es impracticable, ni inevitable la guerra. Al definir más claramente nuestra meta, al hacer que parezca más claramente nuestra meta, al hacer que parezca más dúctil y menos remota, podemos ayudar a todos los pueblos a verla, a nutrir de ella su esperanza, y a aproximarse irresistiblemente a ella.

“Así, no seamos ciegos ante nuestras diferencias y enfoquemos también nuestra atención directa en nuestros intereses comunes y en los medios por los cuales tales diferencias puedan ser resueltas. Y si no podemos eliminar nuestras divergencias, al menos podemos hacer que exista un mundo en que pueda vivirse con seguridad no obstante la diversidad de criterio. Pues, en un postrero análisis, nuestro vínculo más importante es el hecho de que vivimos todos en este planeta. Todos respiramos el mismo aire. Todos luchamos por el futuro de nuestros hijos y todos somos mortales.

“Los Estados Unidos, como sabe el mundo, nunca iniciarán una guerra. Nosotros

no queremos una guerra. Tampoco la esperamos. Esta generación de norteamericanos ha tenido ya suficiente cantidad, y más que suficiente, de guerras, odios y opresiones. Estaremos preparados para la guerra si otros la desean. Estaremos alertas para tratar de impedirla. Pero haremos también nuestra parte en construir un mundo de paz, donde el débil pueda sentirse seguro y el poderoso sea justo. No nos sentimos desalentados ante esta tarea ni nos falta fe en su éxito final. Con plena confianza y sin temor, trabajamos con ahínco, no en una estrategia de aniquilación sino en una estrategia de paz”.

Tales fueron las palabras pronunciadas por el gran Presidente ante un grupo de muchachos reunidos en la American University, en una ceremonia de graduación. El tema escogido no podía ser, por cierto, más adecuado frente a una juventud optimista, inteligente y culta, cuyo único propósito habrá de ser conquistar en el mundo un sitio en que puedan cobijarse todos los hombres, libres de amenazas y de sospechas.

Reitero, Honorable Cámara, que he creído que el mejor homenaje que se puede rendir en memoria del Presidente Kennedy es traer a nuestro recuerdo y meditación sus expresiones de paz, con la que tanto hemos soñado muchos, para lo que necesitamos el permanente estímulo de ideas y de pensamientos como los que he transcrito a fin de abatir a tantos que creen que la gallardía se manifiesta con prepotencia belicosa; que el derecho debe ceder su majestad a la fuerza; que el patriotismo es monopolio de algunos y que el entendimiento entre los hombres y entre los pueblos constituyen signos de flaqueza o de cobardía.

Quienes así piensan creen que son utópicos los que sostienen que la paz es el medio de entregar felicidad a la humanidad. Mucho se ha dicho que los utópicos son soñadores infecundos, sin detenerse a pen-

sar que el sueño es el sendero del optimista, que los sueños han construido los espíritus selectos de Gandhi, de Juan XXIII y de tantos otros, y que han sido la cuna que mecieron los impulsos, la acción y la determinación del Presidente Kennedy, logrando para él, para los suyos y para el pueblo norteamericano el reconocimiento del mundo, el aplauso de los hombres libres.

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Aravena, por el Comité Democrático Nacional.

El señor ARAVENA (poniéndose de pie).—Señor Presidente, la tragedia ocurrida en la ciudad de Dallas, en el estado de Tejas, al sur de los Estados Unidos, ha recorrido el mundo, golpeando no sólo el corazón de todos los seres humanos, sino su conciencia.

El asesinato del Presidente de los Estados Unidos, John Fitzgerald Kennedy, no constituye para nosotros una simple invitación al dolor, al recogimiento y a la solidaridad con el pueblo, las autoridades de esa gran Nación y la familia del desaparecido mandatario. Constituye también un estímulo para examinar las circunstancias en que vive el mundo; lo que significa, en el cuadro internacional de las relaciones entre los pueblos y los Gobiernos, la muerte del señor Kennedy; y, también, las circunstancias que han hecho posible tan increíble como impresionante crimen político.

Para nadie es un misterio que el Presidente Kennedy emergió a la realidad política de los Estados Unidos como líder de un sector que aspiraba a algo más que a continuar la política internacional de la defensa de las inversiones de las grandes corporaciones norteamericanas en el mundo. Desde fines del siglo pasado, el poderío económico de los Estados Unidos acumuló capitales y riquezas que excedieron los simples límites de la inversión nacio-

nal. El descubrimiento del petróleo, el avance tecnológico en la producción manufacturera, los grandes descubrimientos y adelantos mecánicos y las condiciones excepcionales del suelo norteamericano para la producción de alimentos, hicieron necesario ampliar las inversiones al resto del mundo, e hicieron también necesaria la importación de materias primas para el mantenimiento de la producción industrial. Esto generó la expansión económica de los Estados Unidos hacia otras Naciones. Este fue el fenómeno que se operó cuando Estados Unidos creció económicamente, hasta el punto de que debía exportar no sólo mercaderías y alimentos, sino también capitales para invertir.

La influencia de las grandes corporaciones financieras en la política interna y externa del Gobierno de los Estados Unidos no puede ponerse en duda. Es un hecho histórico.

Por eso, la emergencia de una figura como la del Presidente John Kennedy en los Estados Unidos había de tener una significación tan vasta, tan profunda y tan alentadora en la política mundial. Después de la segunda guerra mundial, el mundo se vio enfrentado a la política de la guerra fría. Mr. Kennedy cuando fue elegido, estaba alentado de noble inspiración humanista. Buscó en el plano de la política internacional un entendimiento con la Unión Soviética para garantizar al mundo una era de paz. Y, finalmente, lo había conseguido. Firmó el "Pacto de Moscú" para prescribir las pruebas nucleares, y el mundo estuvo reconocido. No invadió a Cuba cuando era presionado por los intereses de las grandes corporaciones para que lo hiciera. Asumió una firme actitud en defensa del sistema interamericano; pero evitó la guerra, porque era un pacifista. No precipitó una crisis por Berlín, y los enemigos de su política de paz en los Estados Unidos lo acusaron de blan-

do. Pero Estados Unidos seguía siendo la Nación más poderosa y determinante de la tierra, y el mundo entero comenzó a verle otro rostro a la política internacional de los Estados Unidos. Un rostro más humano, más consecuente con el destino de todos los seres.

Y, para nosotros, los hombres y las mujeres de la América Latina, John F. Kennedy fue el líder de una nueva concepción en las relaciones entre el gran país del Norte y sus vecinos pequeños del Sur. Creó e impulsó la "Alianza para el Progreso"; cuya institución constituye un noble ejemplo, observado desde el punto de vista de las relaciones humanas y de los países, para que las Naciones de la América Latina caminaran con pasos de gigante en el desarrollo de sus economías.

En cuanto a nuestros países —los de la América Latina— la política del Gobierno de Kennedy estaba condicionada por sus aspiraciones de la "Alianza para el Progreso". Por eso, el Gobierno de Kennedy fue acusado de blando cuando en el sur del Brasil se hicieron algunas nacionalizaciones, como la que hizo el Gobernador de Río Grande Do Sul, Leonel Brizzolla, de los teléfonos de una compañía americana. En el pasado, eso pudo significar hasta el desembarco de los "marines". Pero bajo Kennedy había algo más importante: mantener las buenas relaciones con la América Latina y no asumir una defensa intransigente de los intereses materiales de los Estados Unidos en el exterior. Eran más importantes para la administración Kennedy las relaciones amistosas entre los pueblos y los Gobiernos, que la simple defensa de intereses particulares.

En el plano de la política interna, el Presidente Kennedy tendrá un lugar de honor en la historia, porque quiso que la teoría constitucional de la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley fuera efectiva y constituyera una realidad social. Ya antes, un Presidente ilustre de ese país había per-

dido la vida por pretender lo mismo. Todos sabemos que Abraham Lincoln vive en el corazón y en la conciencia de los hombres libres de todo el mundo.

Pero hay un hecho, histórico, social y políticamente nuevo, en lo que hizo John Kennedy, por abolir la discriminación racial en los Estados Unidos. Lincoln, su antecesor ilustre en esta lucha, vivió en una época en que fue líder de sectores sociales y políticos nacientes, con un sentido ideológico primario e inmaduro. Por eso, cuando lo asesinaron, se estancó la lucha por la igualdad de derechos en los Estados Unidos. Lincoln fue el gran romántico de esta lucha, fue como el insigne solitario en esta cruzada. Y cuando lo asesinaron, en su propio pueblo creció la idea de que Lincoln había sido un hombre increíble, casi legendario.

Pero el hombre que retomó la huella de la grandeza de Lincoln, operó un fenómeno históricamente nuevo en los Estados Unidos. Incorporó a las grandes masas de su país a la lucha por la igualdad de derechos. En apoyo de la política de John Kennedy, zaherido y ultrajado por los segregacionistas del Sur, continuó en su batalla histórica. Y entonces —a través de la firmeza de su posición política y social— Kennedy precipitó un hecho nuevo en la historia de este país. Y así fue como ocurrió la "Marcha sobre Washington" de más de un millón de personas que respaldaban su política antisegregacionistas.

Este fue el mayor impacto político en la era de Kennedy. Había logrado incorporar a las masas de su país para que apoyaran la igualdad de derechos civiles. Si no fuera más que por esto, Kennedy sería una de las más altas figuras políticas de la historia de los Estados Unidos. Porque antes de que esto ocurriera, no había más que la defensa individual de los negros, la defensa de ellos mismos, de sus propios puños y de su propio coraje, para evitar que los lincharan los bandoleros del Ku-Klux-

Klan, los colgaran de sus cruces y los quemaran en sus piras.

Con Kennedy se generó el movimiento de masas que marca un hito histórico en la lucha por la democracia. El pueblo había galvanizado un movimiento de millones de norteamericanos, que constituían una trincherera contra los asaltos segregacionistas.

En este sentido, John Kennedy —un muchacho con aspecto deportivo, de sonrisa bondadosa, cariñoso amigo de su hijo John-John y querido y estimado en el mundo entero por hombres de todos los colores— es el que hizo del principio básico de la democracia de Lincoln una verdad histórica, materializada por el pueblo: aquél principio de que "la democracia es el Gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo".

A este hombre, Honorables colegas, lo asesinaron. ¿Quiénes podían interesarse en que este gran estadista abandonara la escena política de su país y del mundo? ¿Los negros, que eran sus amigos? ¿Los hombres de Izquierda, que lo sentían como a un hermano? No, Honorables colegas. ¡No!

Lo asesinaron sus enemigos políticos, aquéllos que necesitaban sacarlo de la escena para que no fuera reelegido.

Y lo asesinaron en Tejas, región segregacionista. Un periodista, Honorables colegas, un periodista chileno, dijo desde Washington, antenoche, una frase, que yo quisiera repetir aquí en toda su infinita ternura, aunque tenga la música formal de la sordidez. Ese periodista dijo: "Hoy el hijo de John Kennedy, el pequeño John-John, como lo llamaba su ilustre padre, cumplió tres años y desde el sur de los Estados Unidos le enviaron un regalo: el cadáver de su padre".

Señor Presidente, sólo quiero plantear aquí el homenaje de mis colegas de partido a la ilustre memoria del Presidente Kennedy. Pero todos nosotros no sólo nos

sentimos solidarios con el dolor de los norteamericanos por el asesinato de su Presidente, sino que también nos sentimos heridos y ofendidos por el hecho de que pudieran darse las circunstancias bajo las cuales pudo ser asesinado.

Se ha informado al mundo que un hombre, un especie de loco suelto, fue el victimario de John Kennedy. Para nosotros, todo no es tan simple como pretende que lo sea la policía del Federal Bureau of Investigation o los capitanes de la policía de la ciudad de Dallas.

Esto, Honorables colegas, lo considero demasiado fuerte, por no decir ingenuo. Y más bien me inclino a creer que detrás del asesinato del Presidente Kennedy, hay móviles políticos y una intención cuidadosamente planeada, con raíces que llegan mucho más hondo de cuanto se ha dicho hasta el momento.

Nuestra desesperación por descifrar un hecho tan grotesco, que a los latinoamericanos nos hiere hasta lo más hondo de nuestros sentimientos, nos lleva a manifestar con cierta precipitación, una serie de apreciaciones acerca de tan atroz e increíble hecho. Sin embargo, debo reconocer que aun, están muy frescas las lágrimas del pueblo norteamericano. Y los ojos de aquella valiente y dignísima esposa aún deben permanecer fijos en el infinito acompañando como siempre lo hiciera en vida, los pasos de su amado esposo, pero esta vez en su raudo vuelo hacia el holocausto de su gloria y el limpio camino de la historia.

Señor Presidente, Honorable Cámara, el conglomerado político que represento en esta alta Corporación de mi país, interpretando el íntimo sentimiento que aflora en la mayoría de los chilenos, hace llegar al Gobierno y al pueblo norteamericanos y, en forma muy especial, a la esposa e hijos del Presidente Kennedy, nuestros sentimientos de pesar junto con el repudio para aquellos que en las sombras tenebro-

sas de su malvada intención nos arrancaron, mediante el crimen cobarde y artero, la vida de tan egregio ciudadano.

Réstame sólo, señor Presidente, solicitar se envíe oficio a nuestro Primer Mandatario, Excelentísimo señor Alessandri, para que se sirva tener a bien enviarnos, a la brevedad, un proyecto de ley para que con óbolos del pueblo chileno pueda erigirse un monumento al Presidente Kennedy para que perpetúe la memoria del estadista desaparecido y para que sirva y perdure su ejemplo en la presente y futuras generaciones.

He dicho.

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Donoso, en el tiempo del Comité Liberal.

El señor DONOSO (poniéndose de pie).—En el martirologio de la Historia se ha agregado un nuevo nombre. Una vez más la sangre ha regado el surco donde fructifica la semilla siempre vivificante de la Paz y de la Libertad.

Se ha inmolado a un hombre joven, sencillo, jovial, emprendedor, que era un apóstol de verdad: El Presidente Kennedy. El que luchó más que ningún otro por una convivencia más justa y más digna entre todos los seres de la Humanidad.

Lo hizo en su país reclamando más escuelas, más hospitales, más viviendas, y, sobre todo, tratando de borrar los absurdos y trágicos abismos que el colorido en los pigmentos de la piel suele crear. Por eso, dentro de los Estados Unidos, en cada casa donde habita un negro hay un rostro entristecido y se ha colgado un crespón.

Lo hizo en América invitando a todos los países del Hemisferio a formar una alianza para el progreso, concentrando los esfuerzos de los distintos pueblos del Continente para vaciar el manantial de sus artes, sus ciencias y sus técnicas y descubrir sus encondidas riquezas, a fin de utilizarlas todas con eficiencia en las supre-

mas apetencias del bien común. Por eso, todas las naciones Latinoamericanas lo lloran y en cada una de sus ciudades y villorrios, y aún en sus campos, han doblado las campanas de sus templos y capillas, lentamente, sin cesar.

Lo hizo entre las naciones democráticas, tratando de coordinar sus iniciativas en programas de mutua y permanente colaboración. Por eso, en su funeral, junto a las colinas de Arlington, donde miles de blancas y pequeñas lápidas recuerdan a quienes murieron por la libertad y donde el otoño frío con las amarillas y marchitas hojas de sus grandes árboles invita a la meditación, concurren en silenciosa caravana, para expresar su emocionada gratitud, todos los pueblos. Ahí estuvo la vieja Grecia, madre de nuestra civilización, con el rostro entristecido de su Reina; la Francia, cuna de nuestros Derechos, con la apostura heroica de su Presidente, el General De Gaulle; la Etiopía legendaria, que altiva y desafiante mantuvo su soberanía cuando todo el Continente Africano estaba sumergido en el oprobio del colonialismo, con su menudo y anciano Emperador; la Alemania del milagro, que derrotada y destruida supo resucitar venturosa, con su Presidente Heirich Luebke y su Canciller Ludwig Erhard; las Filipinas, bañadas por el Pacífico y escondidas entre el Asia Amarilla y la lejana Oceania, cuya estructura democrática Estados Unidos les dio, con su primer Mandatario Diosdado Macapagal; el joven Rey Balduino de Bélgica asistió como si hubiera querido traer no sólo el mensaje de su pueblo, sino de toda la Europa Occidental, que en su país tiene la sede de su unidad; Israel, fuente y origen de nuestra fe, que ha revivido vigorosa como lo soñaran los Profetas, hizo llegar apesadumbrado a su Presidente Zalman Shazar; Irlanda, que le dio a Kennedy su estirpe, envió a su anciano pero nunca abatido Jefe de Estado, Eamón De Valera; estuvieron presentes muchos

otros Jefes de Gobiernos, Príncipes y Ministros de Estado y legisladores, musitando una misma oración, cualquiera que fuera su Dios, cualesquiera que fueran sus creencias.

Es que el penetrante acento del Presidente mártir se extendió a lo largo y a lo ancho de la Geografía de toda la tierra, bregando por extinguir la miseria, la opresión y la ignorancia y luchando incansablemente por extirpar el germen de la guerra y limitar la devastadora y despiadada potencia de las portentosas y mortíferas armas que, para mal nuestro, en los últimos decenios de han creado.

De ahí que Nikita Khrushchev no quisiera estar ausente en esta sorpresiva cita del dolor y enviara, a igual que los demás pueblos, a uno de sus más altos jerarcas, el Viceprimer Ministro Anastasio Mikoyan, como para decir ante su féretro con el testimonio de su presencia que el Tratado de Moscú seguía vigente, en toda su integridad, tal como lo soñara Kennedy en sus anhelantes desvelos por salvar la Humanidad del cruel exterminio que hoy, como sombra fatídica, la amenaza *¡Paz en la justicia! ¡Libertad con dignidad!* En esta filosofía el Presidente-mártir inspiró su acción. Lo hizo en sus libros; lo hizo en sus discursos; lo hizo en sus leyes; lo hizo como católico con fe y caridad.

Se unió a Washington, a Jefferson a Lincoln, a Roosevelt, en la estructuración siempre ascendente y renovada de la gran Democracia Norteamericana que ha tenido la ventura de poder dar a sus hijos el más alto grado de cultura y bienestar que el mundo ha conocido.

Habló como Bolívar, como San Martín, como O'Higgins, como Artigas, como Juárez, como Martí, tras los supremos ideales de la redención y de la unidad de América, olvidando viejos prejuicios, superando antiguas diferencias, teniendo presente antes que nada al obrero humilde y ai

campesino empobrecido para quienes abrió una esperanza de saber y prosperidad.

Defendió la libertad, lejos de toda violencia, con la transparencia nítida y santa de un Ghandi, pero ante el desafío de la fuerza se alzó con la arrogancia firme y elocuente de un Mirabeau, estuviera el peligro en Berlín o en el Vietnam; en el Caribe o en el Congo, en la India o en cualquier otro sitio.

Amó la Paz como la enseñó Cristo, sin barreras ni mezquindades, abierta a todos, con sinceridad y devoción.

Su palabra penetró en cada conciencia como la luz en el cristal de una ventana.

Su ágil silueta parecía hacerle avanzar risueño con paso de atleta a la fuente misma de cada cosa, para hacer la verdad más simple, más propia, más natural.

Era el Jefe que se imponía con su sola presencia, con audacia y vocación de estadista, pero, a la vez, por la sencillez de sus ademanes y por su afectiva vida de familia en la intimidad de su hogar, consagrado a su bella mujer y a sus frágiles hijos, se identificaba con el ciudadano común de su Patria y del mundo en general.

Era hombre de hogar y era conductor de pueblos.

Tenía la intuición de las grandes ideas y el coraje para defenderlas.

Este coraje lo puso en evidencia siendo muy joven, cuando dejó Boston para ir a la guerra como oficial de marina y al ver hundirse su nave salvó a los suyos, olvidando sus propias heridas, sin que se doblegara ni un instante su voluntad, en su titánica lucha contra el agresor nazi.

El mismo coraje demostró hace un año, cuando desde Cuba se emplazaron hacia nuestro continente, cañones de guerra y plataformas de lanzamientos de proyectiles, en indiscutida acción de ataque, dotados de los más temibles armamentos, poniendo en inminente peligro la pacífica convivencia de la humanidad.

No vaciló un instante en asumir su de-

ber y su triunfo fue el triunfo de la Paz y de la Libertad.

Tenía, sin duda, enemigos. Los señores de la guerra lo odiaban con virulenta intensidad. Lo odiaba Castro y lo odiaba Mao, pero su odio no lo hacía perder su serenidad. Es que su carácter tenía la granítica firmeza de la roca ante los embates del mar.

No precipitó conflicto alguno; por el contrario, en cada oportunidad estuvo presto y generoso para abrir la posibilidad de entendimiento, siempre que ello no envolviera una claudicación, ni un renunciamiento al contenido anímico de su verdad.

La Democracia la entendía como una escala ascendente de valores, abierta para todos: para todos con igual posibilidad.

Comprendía que ni los hombres ni las naciones podían colocar su cultura y su riqueza en avariento cofre de esterilidad.

El ejemplo lo tenía muy cerca para que lo pudiera olvidar: sus abuelos habían venido de un país pobre y su propia pobreza los había obligado a emigrar. Estados Unidos les había abierto un campo fértil a su acción. La mutación que experimentaron fue producto de su propio afán.

Esta lección quería repetirla frente a cada hombre y a cada nación. Este fue el sentido de su acción cívica dentro de su Patria.

Este fue el sentido de sus programas de ayuda exterior.

Los tuvo hacia Europa, los tuvo hacia Asia, los tuvo hacia Africa. Pero, principalmente, los tuvo hacia América.

Desde el primer día de su Administración, comprendió que el hemisferio era uno sólo, desde la blanca y fría Groenlandia o Alaska, hasta nuestra Antártida aún más blanca y fría sumergida bajo el hielo polar.

Hacia acá orientó, con más fuerza, su programa de ayuda, pero de ayuda en la mutua colaboración.

Quería pan, pero pan para todos.

No debía ser para nosotros el mundo ancho y ajeno.

La tierra yerma debía fructificar.

El interés creado se melló contra su tajante voluntad.

Nunca desmayó. Hasta el último instante de su vida, luchó con el mismo entusiasmo tras este supremo ideal.

Ni la religión, ni la raza, ni la geografía podían ser estigma para persona alguna.

Así vivió .

Así murió.

Murió en Dallas, la ciudad de la abundancia, donde es rica la tierra y donde el petróleo surge por doquier, entregando su riqueza con singular intensidad, donde el hirozonte no tiene límites y donde la América Sajona y la América Española se juntan en un común verbo de confraternidad.

Murió junto a una multitud que lo aclamaba, erguido y sonriente, como desafiando el mal.

¡Caín y Judas parecieron juntarse en su crimen y en su traición!

Crimen y traición a la Paz;

Y crimen y traición a la libertad.

Ante su muerte los Diputados liberales nos inclinamos reverentes, con sincera emoción.

Su pensamiento era el nuestro; su palabra proclamaba nuestro propio ideal.

En la Catedral de San Mateo, ayer muchos cirios se encendieron y, junto a su tumba, la delicada y temblorosa y blanca mano de su mujer ha encendido una antorcha que no se extinguirá.

El Presidente Kennedy ha caído.

Pero no ha caído su verdad.

De ello han dado testimonio los Jefes de todos los Estados del mundo y también los pueblos.

¡Con su sangre se ha escrito un mensaje de *¡Paz y Libertad!*

¡Paz en la Justicia!

¡Libertad con dignidad!

—*¡América, una!*

¡América Libre!

¡América, fuente de cultura y bienestar!

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).— Tiene la palabra el Honorable señor De la Presa, por el Comité Independiente.

El señor DE LA PRESA (poniéndose de pie).— Señor Presidente, el odio enfermizo de un sectario apuntó la mira de su fusil contra el Presidente de los Estados Unidos de Norte América. Su avezada maestría le permitió de lleno dar en el blanco. Pero esa bala asesina hizo impacto, también, en el corazón del mundo entero.

Al perder la vida John Kennedy, no hubo quien no sintiese que de algo muy suyo se le había despojado. Cuando entró, súbitamente, en la historia el juvenil Mandatario, nos dimos cuenta de que su figura era, ya de muchos antes, legendaria. Es que su simpatía innata, su lucha permanente en favor de la paz, su insaciable sed de justicia para los humildes, su valerosa defensa de la libertad, le habían otorgado la aureola indisputable de los paladines triunfadores.

La bala gatillada por el odio de uno, abrió una profunda herida en el sentimiento de todos. Al detonar, segó esa fuente indomable de energía que era John Kennedy, pero hizo surgir de inmediato el manantial inagotable de la capacidad de amor y de emoción de toda la humanidad, que se ha desbordado, generosamente, en homenaje y recuerdo del caído. Por ello, la desgracia de una familia y de una nación, es el duelo y el dolor de todas las familias y de todas las naciones de la tierra.

Nacido hace 46 años, tuvo John Kennedy, desde siempre, la vocación de servicio a su patria, cualquiera que fuese el riesgo a que él mismo se expusiera.

Durante la última gran guerra, como oficial de marina, al mando de una lancha torpedera, cumplió una hazaña que dio la

medida de su austero heroísmo y de su abnegación sin límites para todos los que estaban a sus órdenes.

Firmada la paz, el ex alumno de Harvard ingresa al periodismo, al que afanosamente se entrega, durante corto tiempo, sin imaginar en aquella época, de la febril búsqueda de la noticia, que el destino le tenía señalado para ser el protagonista de la, por inesperada, más trágica y sensacional noticia del siglo XX.

En 1946, se cree llamado por la tradición política de su familia a asumir un puesto de combate, en subrogación del hermano mayor, muerto, gloriosamente, en defensa de la patria, durante una misión de bombardeo aéreo.

Así llega, como representante, al Parlamento y, años después, domador infatigable del éxito, es elegido Senador, demostrando, con su dinámico entusiasmo, la garra y capacidad del hombre que puede aspirar a los más altos destinos.

En 1960, a pesar de la desventaja que le significa su impaciente juventud, se lanza de lleno, a pedir a su partido la nominación para la Presidencia de la República, consiguiéndolo plenamente.

Dado este gran paso, había otro que parecía insalvable. El pueblo norteamericano, en su mayoría no católico, jamás antes había elegido un Mandatario de esa fe. Recorre el país en una campaña, tal vez la más resonante y encendida, en la que sus condiciones personales de buen polemista y de fácil cautivador de voluntades fueron decisivas. Obtuvo una estrecha pero muy espectacular victoria, llegando a ser el más joven, de los Presidentes de la más grande y poderosa nación del mundo.

Era, incuestionablemente, un triunfador nato y el amado de los dioses...

La tarea que frente a sí tenía era difícil y complicada. Pero ante el asombro de todos los pueblos, el joven líder de la democracia norteamericana se erigió, casi de

inmediato, en el líder indiscutible de la democracia en el mundo entero.

Con decisión y energía se abocó, instantáneamente, a las grandes tareas que le esperaban dentro y fuera de las fronteras de su propio país. Ofendido por la injusta discriminación racial existente en algunos de los Estados de su nación, con implacable entereza la combatió, elevando su personalidad a la altura del gran Lincoln. Parece que el destino quiso, deliberadamente, aumentar esa semejanza, al encontrar la muerte, en forma idéntica, a manos de un fanático, como también por la dramática coincidencia de que ambos fueran reemplazados, constitucionalmente, por Vicepresidentes de apellido Johnson.

El norte de su política internacional fue su permanente consagración a la causa de la paz, mediante la solución pacífica de todos los problemas y el establecimiento de mejores relaciones entre todos los países.

En esta maravillosa tarea se vio magníficamente ayudado por otra grande y respetable figura del presente siglo, el "Papa de los Pobres", Juan XXIII.

El paralelismo de sus acciones es evidente. El viejo pastor, cargado de años, de comprensión y de virtudes, poseía e irradiaba, bondadosamente, el más alto poder espiritual del mundo. El otro, lleno de bríos juveniles, de ímpetus y de optimismo, tenía en sus manos el más enorme de los poderes materiales. Ambos, estaban unidos por una misma fe, por similares ideales y por propósitos comunes de darle al mundo la ansiada paz, en libertad y justicia. Ambos murieron también, en un mismo año, cuando más se esperaba de ellos.

Fue el Presidente Kennedy el primer político de Estados Unidos que entrevió una nueva doctrina para América Latina.

Antes, la señalada por Monroe cuando su patria era una potencia de segundo or-

den en el concierto mundial, se basaba en el supuesto de que su grandeza debía cimentarse en fomentar y mantener la separación entre todos los países iberoamericanos. Pero al ser llevada, por los acontecimientos internacionales, al sitio de la primera y más poderosa nación del mundo, debían alterarse, fundamentalmente, esos conceptos. Y así como Inglaterra, adversaria tradicional de la unidad europea, hoy no sólo la acepta, sino que la apoya, la seguridad del mundo y por ende también de los Estados Unidos, hace imperativo que estos países de la América morena reencuentren el camino de su integración, perdido como una consecuencia imprevista de heroicas luchas durante las guerras civiles emancipadoras. Así lo comprendió el Presidente Kennedy al proponer, como una lejana semejanza del Plan Marshall, la famosa y discutida Alianza para el Progreso.

Podrá haber controversia sobre las bondades de su aplicación práctica, saboteada, tal vez, involuntariamente, por fórmulas demasiado burocráticas.

Pero de lo que no cabe duda alguna es de la sinceridad de propósitos con que fue concebida por el idealista Mandatario. Y fue evidente también su voluntariosa intención de suprimir todas las trabas e inconvenientes que la experiencia iba señalando, a fin de obtener que resultase la mejor herramienta para el desarrollo acelerado de estos países en el marco de una estrecha unidad iberoamericana.

Vastamente ampliada, corregida y depurada esa Alianza para el Progreso aún puede transformarse en un digno monumento vivo, a la memoria de su inspirador, tal como de sus continuadores la idea parece ser.

Admirador de los hombres valerosos, como él mismo lo era en grado eminente, hizo el elogio de varios de ellos, en su libro "Perfiles de Coraje", en el que solo faltó el último capítulo, tal vez el más

emocionante de todos, y que él no escribiera con su pluma, pero sí con su heroico afán cotidiano, de luchador tenaz.

Cuando había cumplido gran parte de sus metas y logrado, contra enérgica oposición interna y externa dar un gran paso hacia la eliminación de la guerra fría mediante el pacto antinuclear; cuando algunos destellos en el horizonte auguraban que no estaba lejano el estallido de la paz, tan esperada; cuando su prestigio, dentro y fuera de su país llegaba a la más alta cima y tenía ya sobradamente asegurada su reelección para un nuevo período; cuando, siendo un hombre tan joven le era posible sentir la profunda satisfacción de haber alcanzado todos los trunfos imaginables, la muerte, agazapada en el rincón de un edificio, desde donde se podía admirar la materialización de sus éxitos, a través de los vítores y aplausos de enfervorizadas multitudes, tronchó con inaudita crueldad, en un solo segundo, la más hermosa y brillante de las carreras políticas de nuestro siglo.

Cuando observamos cómo, en un instante, se puede caer desde el más alto sitio, conseguido con tanto esfuerzo, no queda más que meditar en lo feble que son los materiales con que se construye la humana grandeza. Pero ante un caso tan horrendamente trágico no cabe, además, sino repudiar la utilización del odio como arma política por cualquier bando.

A imagen del de sus padres, John Kennedy fundó su propio hogar, donde reinaban dos inocentes seres, cuyas luminosas sonrisas serán, desde ahora, veladas por la perenne nostalgia del padre cariñoso, cuyo alejamiento no pueden explicarse.

Su bella esposa había sabido ser, con digna prestancia, la compañera ideal que asumió, con exquisita naturalidad, y con el asentimiento tácito y admirativo de todos, la simbólica magistratura de Primera Dama del Mundo.

El dolor de la familia Kennedy ha sido

compartido, en plenitud, por la humanidad entera.

Al que fuera el trigésimo quinto Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, se la ha tallado, instantáneamente, con el mármol de la Historia un monumento magnífico, junto a sus pariguales, los más grandes hombres de la tierra. El tiempo y la posteridad no harán otra cosa que darle, día a día, a sus extraordinarios relieves, una más amplia, más profunda y más destacada perspectiva.

En nombre de los Diputados del Comité Independiente, miembros todos del movimiento político Nueva Izquierda Democrática, que presido, como también en nombre de su Directiva y militantes, y del mío propio, me sumo al duelo mundial, rindien-

do justo homenaje de admiración y respeto a la memoria augusta del Presidente mártir de los Estados Unidos, al apóstol sacrificado de la paz, de la justicia y de la libertad, que fuera, hasta hace pocos días, la Esperanza Joven del Mundo: John Fitzgerald Kennedy.

He dicho.

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).— Oportunamente se recabará el asentimiento unánime de la Honorable Cámara para enviar el oficio solicitado.

Se levanta la sesión.

—*Se levantó la sesión a las 18 horas y 30 minutos.*

*Crisólogo Venegas Salas,
Jefe de la Redacción de Sesiones.*